

LA POLÍTICA EXTERIOR DE LOS AUSTRIAS MAYORES

Introducción

La dinastía austríaca de los Habsburgo llegó al trono por el matrimonio de Juana, hija y heredera de los Reyes Católicos, y el príncipe Felipe de Habsburgo, hijo de Maximiliano, archiduque de Austria y emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico. A Carlos I y Felipe II, monarcas del siglo XVI, se les da el nombre de Austrias Mayores porque durante sus reinados España fue el país hegemónico de Europa. Sin embargo a los Habsburgo del siglo XVII (Felipe III, Felipe IV y Carlos II) se les da el nombre de Austrias Menores, porque España perdió las posesiones en Europa por los tratados de paz firmados al finalizar la Guerra de los Treinta Años y la Guerra de Sucesión Española, dejando de ser la primera potencia.

Desarrollo

1. CARLOS DE AUSTRIA (1516-1556)

Al morir Isabel I en 1504, su hija Juana fue proclamada reina de Castilla, mientras en Aragón continuó gobernando Fernando el Católico. Pero en 1506 murió Felipe I el Hermoso, el esposo de la reina, y ésta enfermó mentalmente (de ahí el sobrenombre de Juana la Loca). Dada su incapacidad para gobernar, su padre, Fernando, asumió la regencia de Castilla, hasta su muerte en 1516. Fue entonces, cuando Carlos I, primogénito varón de don Felipe y doña Juana, nacido en Gante (Bélgica) en 1500 fue proclamada rey en Bruselas y llegó a España en septiembre de 1517. Su herencia era inmensa: las Coronas de Castilla y Aragón, con los territorios de Nápoles, Sicilia, Cerdeña y América, el archiducado de Austria y los dominios de los Países Bajos, el Franco Condado y Luxemburgo.

Carlos había nacido y se había criado en Gante (Bélgica) y cuando llegó a España en 1517 no conocía ni las lenguas ni las costumbres de los distintos reinos. Llegó también rodeado de una camarilla de asesores flamencos y alemanes con ideas de crear un Estado centralista y con un gobierno muy autoritario. Sin embargo, para ser rey, hubo de jurar los fueros de los territorios de sus posesiones hispánicas que formaban un mosaico de reinos, ducados, condados y señoríos que conservaban sus fueros, justicia, lenguas, costumbres, instituciones y tenían distintos intereses económicos. Sólo tenían en común un mismo monarca y una misma religión católica. En 1519 falleció su abuelo, el emperador Maximiliano, y Carlos fue elegido por unanimidad emperador con el nombre de Carlos V de Alemania. En mayo de 1520, el monarca partió hacia el territorio alemán para hacerse cargo del Imperio. Los constantes conflictos durante su reinado le harían estar mucho más tiempo fuera que en sus dominios españoles.

2. LA POLÍTICA EXTERIOR DEL EMPERADOR

Gobernar tan vasto imperio implicaba tener que actuar en varios frentes. La salvaguarda del título imperial alemán y de sus posesiones austriacas y los Países Bajos supondrían para Carlos I un constante quebradero de cabeza y una incesante sangría económica. Los dominios españoles no vieron con buenos ojos sus aventuras militares. España aportó, de mala gana, para defender los intereses de la causa de Austria fuera de ella, los hombres y los medios económicos. La política exterior de los Austrias, que antepusieron sus intereses europeos a los de aquí, ha sido considerada como una calamidad nacional que ocasionó a España más gastos que beneficios. La política exterior y las guerras fueron factibles gracias a la financiación proporcionada por el oro y, sobre todo, la plata procedente de las Indias, que empezaron a llegar en cantidades considerables a partir de 1530. El oro y la plata americanos son para algunos historiadores los que aseguraron la hegemonía de España y para otros la causa de su decadencia y ruina, al haber sido invertido inadecuadamente en numerosas guerras de religión.

El eje de la política exterior de Carlos I sería el mantenimiento de la unidad de la Europa cristiana católica, amenazada por el norte por la extensión de la doctrina luterana (protestantes) y por el sur por el avance de los turcos otomanos y sus aliados berberiscos norteafricanos. A esto hay que unir la tradicional **rivalidad con Francia**, agravada ahora porque este país se encontraba cercado por los territorios del emperador: al noreste por Flandes, al oeste por el Imperio alemán y al sur por España. Carlos V mantuvo numerosas guerras intermitentes (un total de seis entre 1521 y 1559, la última en tiempos de Felipe II) contra Francisco I y, después, contra su hijo Enrique II. Los reyes de Francia se aliaron con los turcos, los piratas berberiscos y los príncipes alemanes protestantes en contra de la Monarquía Hispánica.

Los **turcos otomanos**, una potencia en expansión, se habían adueñado del Mediterráneo oriental. Se aliaron con los berberiscos del norte de África que desde allí asolaban constantemente las costas del Mediterráneo español. Los turcos llegaron a sitiar Viena, capital de la Casa de Austria. Carlos I se les enfrentó allí obligándoles a la retirada. Luego trasladó la guerra al Mediterráneo y llegó a ocupar Túnez, desde donde el famoso corsario Barbarroja (protegido por el sultán turco Solimán el Magnífico) dirigía las incursiones contra el litoral español: saqueaban las costas y hacían cautivos a los cristianos, exigiendo un rescate por ellos o simplemente esclavizándoles (este fue el caso de Miguel de Cervantes, que estuvo cinco años cautivo en Argel). La ciudad de Túnez fue tomada, pero no pudo impedir la huida de los piratas hacia Argel (1541). Finalmente tuvo que firmar una tregua con todos ellos.

En **Alemania**, donde Lutero había difundido sus tesis, la unidad religiosa peligraba y muchos príncipes alemanes habían adoptado su doctrina en un afán de desligar sus Estados de la idea unitaria que el emperador Carlos V encarnaba. Tras varios intentos de conciliación se llegó a la guerra y en la batalla de Mülberg (Alemania, 1547) los protestantes luteranos fueron derrotados. Los príncipes alemanes se rehacen y con la ayuda de Francia acosan de nuevo a Carlos V. Finalmente se acepta un compromiso por el cual la religión de cada Estado sería la del gobernante, con lo que se reconoció la división de Alemania entre católicos y protestantes.

Al final Carlos I de España y V de Alemania no había logrado los objetivos propuestos. No había doblegado a Francia, pese a que su rey Francisco I había sido hecho prisionero en la batalla de Pavía (Italia, 1525). No logró una victoria decisiva contra turcos y berberiscos, que siguieron navegando a sus anchas por el Mediterráneo. Tampoco logró mantener la unidad religiosa de Europa pese a sus guerras de religión (Paz de Augsburgo, 1555).

Inglaterra inicialmente aliada por el matrimonio del rey Enrique VIII con Catalina de Aragón, tía de Carlos, se distanciará tras el triunfo allí de la doctrina anglicana.

Con la vecina Portugal las relaciones se estrechan al casar al rey con la princesa Isabel. Esto permitirá al hijo de ambos, el futuro Felipe II heredar ambas coronas.

En 1556, Carlos V, cansado y agotado, decidió abandonar el trono y retirarse al monasterio de Yuste (Cáceres), donde pasó sus últimos días. Pero, consciente de los graves problemas y sinsabores que le había ocasionado la persecución de la herejía protestante en Alemania, decidió liberar a su hijo de esta fuente de conflictos, por lo que cedió a su hermano las posesiones de Austria y, con ellas, los derechos a aspirar a la corona imperial alemana, asimismo renunció a sus dominios en la península ibérica, en Borgoña y en Italia a favor de su hijo Felipe.

3. FELIPE II (1556-1598)

Felipe II era rey (y no emperador), pero sus dominios eran muy amplios y heterogéneos. Además, había heredado de su padre dos objetivos políticos fundamentales: la lucha por la hegemonía en Europa y la defensa a ultranza de los territorios que formaban su patrimonio. Asimismo, siguió manteniendo el ideal de defensa del catolicismo. Sin embargo, Felipe II hubo de adaptarse a unas condiciones diferentes a las existentes en tiempos de Carlos V. Así:

- Estableció su corte en un lugar fijo, Madrid (1516): Frente a la costumbre de su padre de recorrer sus dominios para reforzar su autoridad, Felipe II decidió fijar su residencia permanente en Madrid, es decir en Castilla (reino al que ya se había vinculado Carlos V).
- La “hispanización” de la política. Todas las decisiones eran adoptadas por un rey castellano (por nacimiento, por su formación y por el idioma que utilizaba habitualmente) y asistido por consejeros también españoles. Por eso, el reinado de Felipe II es conocido con el nombre de “monarquía hispánica”. En cualquier caso, los intereses de Castilla (o de los reinos peninsulares) no siempre coincidieron con los del monarca (y su dinastía).
- La sustitución de la política universal por la confesional. Europa ya no estaba unida en torno a un emperador cristiano; pero Felipe II sí podía aspirar a ser el líder de los católicos. Intentó mantener la unidad confesional y política, ya que, como ocurría en el resto de Europa, las minorías religiosas eran motivo de conflictos y guerras. Por ello, Felipe II impulsó en España, bajo su dirección, la Contrarreforma.

4. POLÍTICA EXTERIOR

La política exterior de Felipe II siguió en parte los objetivos trazados por su padre. No obstante, algunas circunstancias habían cambiado:

- El área de mayor interés se desplazó hacia el sur. La pérdida de los territorios germanos y la paz con Francia en 1559 señalaban al Mediterráneo como nuevo foco de atención exterior.
- Se imprimió hacia 1578-1580, un giro a la política exterior en el Atlántico debido, sobre todo, a la rebelión en los Países Bajos. En este conflicto entró en escena un nuevo enemigo: Inglaterra.
- El interés por el área atlántica se vio reforzado por la unión de Portugal con España (unión ibérica).

4.1. El conflicto en el Mediterráneo

La prioridad de Felipe II durante los primeros veinte años de su reinado fue la defensa del Mediterráneo occidental frente a los turcos y a los piratas berberiscos. A diferencia de su padre, Felipe II buscó aliados que le permitieran obtener victorias en el mar. Para ello formó la Liga Santa junto con el papado y la República de Venecia, que al mando de Juan de Austria (hermanastro del rey), consiguió una de las más célebres victorias navales de todos los tiempos en el estrecho de Lepanto (1571), en Grecia. La batalla demostró que los turcos no eran invencibles y que era posible cerrarles el acceso al Mediterráneo occidental; sin embargo, no logró resultados muy satisfactorios: no impidió que la piratería berberisca continuase azotando las costas españolas hasta el siglo XVII.

4.2. La rebelión de los Países Bajos

El mayor problema con el que tuvo que enfrentarse Felipe II fue, sin duda, la rebelión en los Países Bajos, un conflicto que se prolongó, con leves interrupciones, durante ochenta años (1568- 1648). Las protestas comenzaron por la política represiva que se seguía respecto a los calvinistas, relativamente numerosos allí; también se alzaron voces descontentas por el autoritarismo del rey, que trataba al país como una provincia de España y no como un Estado autónomo. En el verano de 1566 estallaron una serie de disturbios populares y el rey envió como gobernador de los Países Bajos al duque de Alba, con la misión de acabar con toda oposición política y religiosa. El duque de Alba llegó acompañado por los temidos tercios y constituyó el tribunal de los Tumultos (o “de la Sangre”, como lo llamaron sus adversarios), que llevó a cabo una feroz represión: confiscó bienes y ejecutó, en seis años, a más de mil personas, sin distinguir entre nobles y plebeyos, católicos y calvinistas. Un noble, Guillermo de Orange, sin embargo, logró escapar, abrazó el calvinismo y se hizo fuerte en las provincias del norte.

Con ello comenzó una larga guerra (1568) que no pudo evitar una división del área: por un lado, Flandes, que comprendía las provincias católicas del sur (las actuales Bélgica y

Luxemburgo, aproximadamente), y por otro, las Provincias Unidas, que agrupaban a las calvinistas del norte (los actuales Países Bajos).

4.3. La guerra con Inglaterra y la unión con Portugal.

Hasta 1558 las relaciones con Inglaterra habían sido cordiales; de hecho, el mismo Felipe II, antes de ser rey de España, fue rey consorte de Inglaterra, ya que estuvo casado con la reina María Tudor. Pero al ascender al trono Isabel I (1558), la amistad dejó paso a la rivalidad. El problema de los Países Bajos se complicó por el apoyo de Isabel I, reina de Inglaterra, a los rebeldes por motivos políticos (frenar el avance español al otro lado del canal de la Mancha), y religiosos (ya que era una anticatólica convencida).

Para poder combatir a Inglaterra, Felipe II necesitaba, aparte de una flota poderosa, una base adecuada en el canal de la Mancha (que le permitiera desembarcar un ejército) y un puerto atlántico relevante que sirviera para concentrar la flota. Los recursos económicos obtenidos de las Indias permitieron la creación de una flota naval; la base en el canal de la Mancha la constituyeron los Países Bajos, y el puerto en el Atlántico lo aportó Portugal.

La operación de desembarco de tropas españolas en Inglaterra fue diseñada por el propio Felipe II. Su fracaso se debió a la falta de coordinación entre las tropas de tierra, ubicadas en Flandes al mando de Alejandro Farnesio, y la flota, que carecía de un puerto adecuado para refugiarse. Además, los buques ingleses eran más rápidos y disponían de cañones de mayor alcance. A estos factores se unieron las tormentas que dificultaron el avance de la flota en el canal de la Mancha. Tras su derrota, los barcos regresaron a la península dando la vuelta a las islas británicas, y muchos buques se perdieron. Desde entonces la Gran Armada fue conocida como la Armada Invencible. El impacto del fracaso fue, sobre todo, psicológico y político, pues el potencial militar y naval español apenas quedó dañado. Los ingleses, por su parte, emprendieron diversas acciones de represalia asaltando ciudades costeras en la península (Lisboa, Cádiz y La Coruña, por ejemplo) y en las Indias.

En 1580, el trono portugués quedó vacante al morir su último titular sin herederos. Felipe II, hijo de Isabel de Portugal y nieto de Manuel I el Afortunado, hizo valer sus derechos militarmente y derrotó al ejército luso. Pero su éxito más grande fue diplomático: se ganó a la clase dirigente portuguesa, prometiendo respetar la autonomía del reino, garantizando la protección de su comercio y utilizando el dinero con habilidad para captar partidarios. Felipe II fue reconocido rey de Portugal en 1581, por su parte se comprometió a que todos los asuntos portugueses fueran gestionados por portugueses.

La unión con Portugal (1580) implicaba el control de su gran imperio marítimo (Brasil y enclaves comerciales en África y Asia), y marcó el viraje definitivo de la política de Felipe II hacia el Atlántico. Lisboa se convirtió en la nueva base de operaciones atlánticas contra los holandeses e ingleses. En esta ciudad se concentró también la Gran Armada, flota que debía apoyar el desembarco de tropas españolas en Inglaterra y que sucumbió en 1558. La paz con Inglaterra no se lograría hasta el siglo XVII.

Conclusiones

La Monarquía de los Austrias situó a España en el primer plano de la política mundial, que en ese momento era europea, convirtiéndola en la primera potencia del momento (en los dominios de Felipe II no se ponía el Sol). Pero si a ésta dinastía le debemos ese esplendor, también le debemos la posterior decadencia, pues el mantenimiento de esa posición se hace insostenible, sobre todo teniendo en cuenta que casi toda la presión recaía, casi exclusivamente en Castilla, cuyos súbditos tenían que mantener unas tropas dedicadas a unas guerras dinásticas de las que poco sabían. Además, el oro y la plata que llegaban de América y que hubieran enriquecido el país, se destinaban íntegramente a financiar el prestigio internacional de la Monarquía.